

« Tenemos añade, dos padres : uno al cual es necesario renunciar ; otro al cual hay que amar y servir. David indica á los dos en un mismo lugar de sus salmos cuando dice : *escucha hija mia, y mira é inclina tu oido ; olvida á tu pueblo y la casa de tu padre* (Psal. 44). El que dice : *Escucha, hija mia*, muestra indudablemente que es el padre de aquella á la cual habla, y sin embargo no deja de llamar á aquel cuya casa quiere que ella olvide, el padre de su propia hija : Esto sucede, segun San Pablo, *cuando muriendo á los elementos de este mundo, no consideramos ya las cosas que se ven sino solamente las invisibles ; porque las cosas visibles son temporales, y las invisibles son eternas.* (C. I S. 1 — II Cr. s.).

« Los tres libros de Salomon, continua Pafnucio, tienen relacion con estas tres clases de renunciacion ; porque los *Proverbios* nos enseñan á salir de la tierra y á renunciar á todos los desarreglos y á todos los vicios ; el *Eclesiastés* nos enseña á renunciar á todo lo que hay sobre la tierra, diciéndonos que lo que sucede debajo del sol no es más que vanidad ; el *Cantar de los Cantares*, levantando el alma sobre todo lo que es visible, la une á Dios por la continua meditacion de su palabra y por la contemplacion de las cosas del cielo.

« Pero nos seria poco útil haber cumplido perfectamente la primera renunciacion, por medio de una fé viva y humilde, si no cumplieramos la segunda con la misma vigilancia y con el mismo ardor. De esta manera podremos saltar despues á la tercera, no pensando más que en el cielo. Entonces podemos decir con el Apostol : *Somos ciudadanos del cielo de donde esperamos á Jesucristo nuestro Salvador, que reformará el cuerpo de nuestra bajeza y lo hara conforme á su cuerpo glorioso.*

« Llegaremos á esta tercera renunciacion, cuando nuestro espíritu, no estando ya agravado por el contagio





« Tenemos añáde, dos padres : uno al cual es necesario renunciar ; otro al cual hay que amar y servir. David indica á los dos en un mismo lugar de sus salmos cuando dice : *escucha hija mia, y mira é inclina tu oido ; olvida á tu pueblo y la casa de tu padre* (Psal. 44). El que dice : *Escucha, hija mia*, muestra indudablemente que es el padre de aquella á la cual habla, y sin embargo no deja de llamar á aquel cuya casa quiere que ella olvide, el padre de su propia hija : Esto sucede, segun San Pablo, *cuando miramos á los elementos de este mundo, no, consideramos que las cosas que se ven sino solamente las invisibles, porque las que se ven son temporales, y las invisibles son eternas.* (Cl. 1. 3. 1. — H. Cl. 1. 4.)

« Los tres libros de Salomón, continua Patruccio, tienen relacion con estas tres clases de renunciacion ; porque los *Proverbios* nos enseñan á salir de la tierra y á renunciar á todos los desarreglos y á todos los vicios ; el *Eclesiastés* nos enseña á renunciar á todo lo que hay sobre la tierra, diciéndonos que lo que sucede después del sepulcro no es más que vanidad ; el *Cantar de los Cantares*, levantando el alma sobre todo lo que es visible, la une á Dios por la continua meditacion de su palabra y por la contemplacion de las cosas del cielo.

« Pero nos seria poco útil haber cumplido perfectamente la primera renunciacion, por medio de una fé viva y humilde, si no cumplieramos la segunda con la misma vigilancia y con el mismo ardor. De esta manera podremos saltar después á la tercera, no pensando más que en el cielo. Entonces podemos decir con el Apostol : *Somos ciudadanos del cielo de donde esperamos á Jesucristo nuestro Salvador, que reformará el cuerpo de nuestra bajeza y lo hará conforme á su cuerpo glorioso.*

« Llegaremos á esta tercera renunciacion, cuando nuestro espíritu, no estando ya agravado por el contagio

Tome II.



Moïse l'Ethiopien.

Moyses el Etiopiano.



de este cuerpo animal y terreno, y estando purificado de los afectos de la tierra, se elevará al cielo por la continua meditacion de las cosas divinas y se hallará de tal manera absorto por su presencia que ni tenga oidos para escuchar, ni ojos para ver, y que ni siquiera sea impresionado por los objetos grandes y sensibles.

« No se reconoce esta verdad sino cuando se la experimenta y cuando, por la misericordia de Dios, se tienen los ojos del corazon de tal manera desapegados de las cosas presentes, que se las mira no como debiendo pasar, sino como ya pasadas...

« Por esto, hijos míos, si verdaderamente deseamos llegar á la perfeccion, debemos despues de haber dejado con el cuerpo nuestros padres, nuestros bienes, las riquezas y los placeres de la tierra, renunciar tambien de corazon y voluntad á todas las cosas visibles sin volver jamás la vista en lo más mínimo á lo que hemos dejado...

« Es tambien necesario evitar la condenacion de aquellos ingratos que, despues de haber gustado en el desierto el maná celestial, desearon todavia los manjares corrompidos de los vicios... Porque aquellos que despues de haber renunciado al mundo vuelven todavia á sus antiguos afectos y á sus primeros deseos claman como el pueblo hebreo con sus acciones y palabras: ¡ Ay! ; cuán felices éramos en Egipto!... La renunciacion exterior del mundo y aquella salida de Egipto que hacemos con el cuerpo no nos servirá de nada, si no la acompañamos con la renunciacion del corazon... Los que cumplen mal con esta segunda renunciacion, se hacen todavia más incapaces de la tercera que es más perfecta... Y ¿ de qué me sirve, en efecto, haber dejado en el fervor de mi conversion mis bienes, que de sí mismos no son buenos ni malos, sino indiferentes, si al mismo tiempo no tengo cuidado de empobrecerme y vaciar mi corazon de los vicios que en él reinan y que for-



man en el mismo un tesoro de iniquidad, para llegar á aquella divina caridad, que es dulce, que no tiene envidia, que no está hindrada de orgullo, que no se agria, que no hace nada mal á propósito, que no busca sus intereses, etc?... Apresurémonos pues á empobrecer nuestro hombre interior y hacerle renunciar á aquellas riquezas malaventuradas de vicios y pecados que amontonó en su vida primera, y que son del un modo particular las riquezas del alma, que la siguen despues de la muerte para perderla, si no las cercenamos ya en esta vida.

« Como las virtudes que aqui hemos adquirido, y la caridad que es la madre de ellas, llenan de gloria en el cielo al que las ha amado sobre la tierra, de la misma manera los vicios ennegrecen de algun modo, y desfiguran el alma que los ha amado, y la hacen pasar de esta fealdad y deformidad que le causan a una miseria que no tiene fin. El alma no es hermosa ó fea sino á proporcion que está ardornada de virtudes, ó manchada de vicios. Las virtudes por una parte le dan tanto brillo y la hacen tan pura y hermosa, que el Profeta no teme decirle en este estado las siguientes palabras : *El Rey amará tu belleza*; (Psal. 44.) y los vicios, por otra parte, la hacen tan negra y horrible, que, siendo movida á compuncion, y no pudiendo sufrirse á sí misma con su fealdad y miseria, exclama : *Mis llagas están llenas de corrupcion y podredumbre y yo mismo me las he hecho con mi locura*. (Psal. 37.)

« De esta manera, concluye el abad Pafnucio, la primera renunciacion se aplica á las riquezas que nos son estrañas, y no basta para establecernos en la perfeccion. Es necesario que sirva de grada para subir á la segunda, en la que empezamos á renunciar á las desgraciadas riquezas de los vicios que verdaderamente nos pertenecen por la corrupcion de nuestra naturaleza; y hallándonos establecidos en este segundo grado con el destierro de nuestros vicios, pasa-

remos al tercero que levantará nuestro espíritu al cielo, haciéndole ver como una nada y como una vanidad que debe pasar pronto todo lo que en este mundo es temporal y visible. En este dichoso estado es en el que nos será dicho como á Abrahan : *Ven á la tierra que te mostraré* (Gen. 12.)

« Pero esta tierra no se adquiere con los esfuerzos ni con la industria del hombre; porque nuestra salud depende de Dios, quien en un principio por la vocacion divina dice : *Sal de tu tierra*:<sup>1</sup> Y despues, en la más alta perfeccion que consiste en aquella pureza que Dios promete por las siguientes palabras, dice : *Ven á la tierra que yo te mostraré*. »

---

## EL ABAD DANIEL <sup>2</sup>

El abad Daniel era citado entre los más santos religiosos del desierto de Sceté. Pafnucio Búbalo, considerando su humildad extraordinaria y sus demás virtudes, le prefirió á muchos otros de más edad que él, para llevarle al ministerio del diaconado. Y este santo hombre Pafnucio estaba de tal manera lleno de alegría al considerar las virtudes de Daniel, que deseaba con ardor igualárselo en el orden del sacerdocio, creyendo que ya le era igual en gracia y mérito.

No pudo sufrir el verle permanecer más tiempo en un grado y en un ministerio inferior al suyo, y deseando dejar en su persona un sucesor muy digno de ocupar su lugar, le elevó durante su misma vida al orden sacerdotal. Pero Daniel no pudo tampoco en esta ocasion olvidar su profunda humildad : no quiso ejercer ninguna funcion de aquel más elevado ministerio en que le habian puesto, mientras

<sup>1</sup> Casiano.